

ria se cifra en pertenecer á la escuela cuyos recuerdos he procurado exhumar.

Alcanzó el mérito relativo de haberse anticipado, en la publicación de sus *Poesías*, á las cantoras de *Amor y orgullo* y *La palma* doña Josefa Massanés (1811-1887), que brilló desde 1841 en Barcelona al lado de Piferrer, Roca y Cornet, Rubió y Ors y el insigne Balmes, é interpretó en rimas tan espontáneas como incorrectas la tranquilidad del hogar, el amor á Dios y á la patria, y toda suerte de afectos sanos y generosos, dejando más tarde de cultivar el idioma nacional para afiliarse en las huestes de la *Renaixensa* catalana.

Nada diré de Amalia Fenollosa, que también se dió entonces á conocer con multitud de composiciones sagradas y profanas; nada de otras poetisas celebradas en la corte ó fuera de ella, pues no hicieron generalmente sino aumentar hasta lo infinito el océano de los conceptos gastados y las frases hechas.



## CAPÍTULO XI

### APOGEO DE LA POESÍA TRADICIONAL Y LEGENDARIA

Zorrilla <sup>1</sup>

**S**i hay un nombre que reuna y condense las agitaciones y ensueños del período romántico en España, es sin disputa el de D. José Zorrilla. Él supo regenerar con el más puro y simpático españolismo la revolución que desde otros climas había penetrado en nuestra literatura; él supo convertir aquella musa informe, vacilante y sin norte fijo en interés

<sup>1</sup> La biografía de Zorrilla ha sido trazada por él mismo con el interés dramático que da su pluma á todo lo que pasó, hermo세ándolo al hacerlo atravesar por el prisma de su imaginación incomparable. Los *Recuerdos del tiempo viejo*, conjunto voluminoso, desigual y hecho como de batalla, quizá por exigencias periodísticas, forman tres tomos, incluyendo el de *Hojas traspapeladas*, á los que acudirán con éxito cuantos deseen conocer al hombre y al poeta. Recogiendo ahora las fechas limpias de tan romancescas aventuras, repetiré que Zorrilla nació en Valladolid el 21 de Febrero de 1817, que fué hijo de un alto funcionario de Fernando VII y que estudió en el Seminario de Nobles, pasando después á seguir la carrera de leyes en Toledo. Escapándose á Madrid, comenzó á darse á conocer entre los literatos con su famosa composición á la muerte de Larra, á la que siguieron infinitas otras líricas ó de carácter legendario, hasta que se consagró á la dramática con la misma desbordada fecundidad. *El zapatero y el Rey*, *Don Juan Tenorio* (1844) y *Traidor, inconfeso y mártir*

prete digna del sentimiento y las grandezas nacionales; él con manos vigorosas arrancó para siempre del arte la planta exótica del pseudo clasicismo estéril y orgulloso, y renovó los días de nuestros grandes siglos, el XVI y el XVII, prestando nueva vida al mundo ideal y ya casi olvidado de Calderón y Lope de Vega.

Zorrilla se manifestó, mas no entero y tal como había de ser, en los lúgubres y conocidísimos versos que con voz entrecortada y dramática entonación leía sobre la tumba del desdichado *Figaro*, cuyo sucesor le nombró una turba de admiradores con bien poco profética sagacidad. Aquel joven de demacrado rostro y tez pálida, de ojos chispeantes, traje descuidado y romántica melena, llamó poderosamente la atención del concurso, comenzando desde luego á figurar entre los poetas idólatras de Víctor Hugo. No analicemos fría y razonadamente la tan comentada introducción de la elegía:

Ese vago clamor que rasga el viento,  
Es la voz funeral de una campana;  
Vano remedo del postrer lamento  
De un cadáver sombrío y macilento  
Que en sucio polvo dormirá mañana.

También duermen los versos líricos que Zorrilla escribió en sus primeros años, y sólo se recuerdan

(1849), representan una serie de triunfos memorables que terminaron con su viaje á París, donde compuso y publicó su *Granada*. En 1855 partió para América, adonde iba precedido de un renombre inmenso, que se aumentó con su permanencia en Méjico. En 1866 regresó á Madrid, terminando ya casi por completo las turbulencias de su vida, que hoy es la de un viejo respetable, condecorado desde 1885 con la medalla de la Academia Española, que mucho tiempo antes le había nombrado individuo de número. Á los infinitos testimonios de admiración y simpatía que España entera se ha complacido en prodigarle, sirvió de gloriosa y definitiva sanción la corona de oro, del que arrastra el río Darro, ceñida á las sienes del gran poeta en el palacio de Carlos V, de Granada, el día 22 de Junio de 1889. La edición corriente y menos incompleta de las obras de Zorrilla es la de Baudry (París, 1852, tres tomos), en la que faltan el poema *Granada*, y desde luego todas las producciones de fecha posterior.

como indicaciones biográficas ó primitivos destellos de su especial índole poética. Saqueando unas veces á Calderón y otras repitiendo imágenes de Víctor Hugo, entrándose por las intrincadas espesuras de un conceptismo hueco é inútilmente profundo, anda á tientas buscando el norte de su inspiración, sin fijarle definitivamente.

Si dijéramos que Zorrilla no es un gran lírico, nada afirmaríamos de aventurado por más que se escandalicen los admiradores meticulosos y al por mayor. Mientras gozan inmarcesible juventud las canciones de Espronceda, ¿cuál entre las de Zorrilla resiste al embate de los años? Se citará la *Soledad del campo*, la *Indecisión* sobre todo, riquísimo panorama de gallardías rítmicas y paisajes embelesadores; pero sin contar lo escaso de las muestras, sin fijarnos en lo relativo de su perfección, ¿cómo no ver que es allí lo de menos la intensidad lírica, que sólo atrae la magnificencia de las descripciones, y, en suma, que el poeta *se sale de sí mismo* para responder á los rumores externos que le fascinan?

Cuando verdaderamente adivinó su vocación fué en la primera leyenda, preludio de tantas otras, siempre admirables y nunca imitadas; tal es asimismo el secreto de su inmensa y omnímoda popularidad; privilegio reservado entre los artistas á solos los que, constituyéndose en eco animado de una nación ó de una raza, saben perpetuar en los bronces del imperecedero canto la imagen viva y elocuente de la tradición. La historia de España, pero esa historia que no se aprende en los descarnados cronicones ni en los archivos; historia íntima y palpitante escrita en el polvo y las ruinas de los vetustos monumentos, fué el venero inexhausto de donde tomó Zorrilla las pinturas que inmortalizan su numen legendario. Viajero incansable por los espacios ideales, con la mente abstraída de la sociedad actual y el corazón puesto en la que le hacían

columbrar sus ensueños, habla al escéptico indiferentismo con la fervorosa credulidad de otros días, y reproduce en su arpa de trovador las aéreas y lejanas notas que de ellos ha recogido.

No será imposible que, pasados algunos siglos, si por ventura llegaran á perderse ó confundirse los datos biográficos, venga Zorrilla á ser enumerado entre los personajes míticos ó fabulosos, hijos de la fantasía popular, como sucedió con Valmiki y Homero. Sus leyendas son algo así como los poemas indianos ó el Romancero español; narración de proezas privativas de un gran pueblo, conjunto de rasgos fisionómicos é inconfundibles, epopeya fragmentaria sin otra unidad que la del principio interno y generador de las partes. Al anacrónico endiosamiento de los héroes griegos y Romanos, de Horacio Cocles y Atilio Régulo, de Bruto y de Catón, sustituye Zorrilla las virtudes cristianas y el valor indomable de los hombres nacidos en una edad injustamente llamada de barbarie, y en la que ni estaba absorbido, como en la antigua, el individuo por el Estado, ni los corazones grandes necesitaron para adquirir ese nombre apelar al arma suicida. Crímenes y errores, ignorancias y torpes leyes hallaban entonces el contrapeso de unas creencias purísimas y universalmente respetadas, de altos y esplendorosos ideales que todo lo dignifican y transforman.

En vano declamaron el siglo de Luis XIV y el siguiente, su imitador, ridiculizando con afectada escrupulosidad hasta los nombres inmortalizados por la historia de la Edad Media: Grimm y los Schlegel rehabilitaron las olvidadas canciones de los antiguos poetas alemanes; Æhlenschlager reproduce la mitología y las sagas escandinávicas; lord Byron encuentra inspiración ante los muros de la Alhambra y las ruinas de los castillos feudales; el romanticismo se encargó en todas las naciones europeas de desagrar á la gran generación de la que recibieron el ser y á la que, ingratas,

habían escarnecido. Muy pocos entre los poetas modernos se han identificado tanto con el espíritu religioso é idealista de los tiempos caballerescos; muy pocos los han sabido pintar y enaltecer con tan simpática ingenuidad como Zorrilla. Sus relaciones legendarias, acomodándose igualmente á la sociedad culta y al vulgo, evocando los recuerdos de otras edades, y envolviendo en las áureas nubes de sublime poesía las ideas y los sentimientos á que se debe cuanto hay de grande en la obra de nuestra civilización, hiere las fibras más delicadas del amor patrio y derriba insensiblemente las preocupaciones entronizadas por la imitación servil y el caprichoso fallo de los eruditos.

Desde Rodrigo hasta Isabel, desde la fatídica rota del Guadalete hasta la rendición gloriosa de Granada, el genio creador de Zorrilla ha sabido desenvolver un ciclo poético, quizás con el fin único de entretener ocios y dar pasto á las fantasías meridionales, pero formando en realidad algo superior y que no morirá mientras exista y pueda entenderlo la raza española. Los encantos de la religión y las increíbles hazañas de los paladines, los despedazados residuos de la abadía y del alcázar fronterizo, los cantos del trovador errante y la salmodia de los monjes solitarios, ajimeces y celosías, calados y rosetones góticos, ésos son los atractivos que mueven el corazón y la pluma de Zorrilla para ofrecerlos á nuestros ojos con el poder irresistible de la realidad embellecida por el arte.

Rompiendo de frente con la doble y funesta tradición de Boileau y Vasari, se extasiaba al contemplar las poéticas memorias y los prodigios arquitectónicos de la Edad Media; y comunicando el aliento de vida á las fantásticas narraciones del santoral monástico y de las leyendas regionales, hizo de las suyas un conjunto variado y hermosísimo sobre toda ponderación. Ya en los primeros tomos de sus *Poesías* había entreverado algunas de este carácter, como *Para verdades el tiempo* y

para justicias Dios, A buen juez mejor testigo, Honra y vida que se pierden no se cobran, mas se vengan; donde se manifestó, sin embargo, con toda su grandeza fué en los *Cantos del trovador*<sup>1</sup>, que dieron muy pronto la vuelta á España, recogiendo en su carrera triunfal las palmas del entusiasmo y de la legítima popularidad.

¡Ven á mis manos, ven, arpa sonora!  
 ¡Baja á mi mente, inspiración cristiana,  
 Y enciende en mí la llama creadora  
 Que del aliento del querub emana!  
 ¡Lejos de mí la historia tentadora  
 De ajena tierra y religión profana!  
 Mi voz, mi corazón, mi fantasía,  
 La gloria cantan de la patria mía.

De esta manera tan valiente y original quemó Zorrilla los ídolos del Olimpo mitológico, extendiendo un como programa nuevo, al que ajustó su inspiración en adelante. Allí dijo también á su patria con ternura filial:

Yo cantaré tus olvidadas glorias;  
 Que en alas de la ardiente poesía,  
 No aspiro á más laurel ni á más hazaña  
 Que á una sonrisa de mi dulce España.

Todas las leyendas de Zorrilla, y principalmente los *Cantos del trovador*, están vaciadas en un mismo molde, obedecen á un mismo impulso y no guardan la fidelidad escrupulosamente histórica que podría desear un rebuscador de cronologías y documentos. No poseen tampoco la que dentro del arte admiramos en las novelas de Walter Scott; porque el conocimiento que el gran poeta alcanza de los siglos que tan maravillosamente sabe describir, es instintivo y no científico, procede de la simpatía y no del estudio. Quien aspire á conocer en *La Princesa Doña Luz* las costumbres de la época visigoda, no quedará seguramente muy satis-

<sup>1</sup> La primera edición se publicó en Madrid el año 1841.

fecho; así como tampoco hay dificultad en colocar antes ó después las aventuras referidas en la *Historia de un español y dos francesas*, en *Margarita la Tornera*, y en las demás producciones similares de la misma pluma.

La única imitación de Hoffman introducida en los *Cantos del trovador* no pasa de veleidad caprichosa, aunque más distante del modelo (y esto equivale á un elogio) de lo que el imitador sospechaba. *Margarita la Tornera* figura entre lo poco que su desdeñoso padre halla en sus obras digno de aprecio, aun cuando el argumento<sup>1</sup> era conocidísimo antes de él y se repite innumerables veces en los autores místicos, especialmente los de España. Los *Cantos del trovador* señalan el punto de mayor apogeo en la inspiración de Zorrilla, y para que nada falte á su belleza contienen, á par de las grandiosas fantasías legendarias, fragmentos líricos de tanta perfección como el de aquellas *Nubes* que todos hemos visto flotar ante nuestros ojos por el horizonte.

El señuelo que más ardientemente le atraía después de este triunfo que tan alta colocó su reputación, era el poema incomparable de la reconquista española, la figura de Isabel y la ciudad de la Alhambra, el combate definitivo y á muerte entre la Cruz y la Media Luna. Prueba del interés que despertaba en su corazón y del entusiasmo con que pretendía alzar este monumento á las grandezas patrias, es la serie de preparativos con que se dispuso para su obra magna, él, que tan descuidado fué siempre en las demás y que tan poco se cuidaba del fallo que pudieran merecer á las futuras generaciones. Después de recoger las tradicio-

<sup>1</sup> Este y el de *A buen juez mejor testigo* gozan de tanta antigüedad en nuestra literatura piadosa, que los vemos ya en los *Milagros de Nuestra Señora*, de Berceo, y en las *Cantigas* de D. Alfonso el Sabio. La tradición de *Margarita la Tornera* es idéntica en el fondo á la que inspiró el drama *La buena guarda*, de Lope de Vega.

nes orales é históricas que guarda nuestro pueblo de aquella memorable edad; después de contemplar con los ojos y con el alma el teatro de tan sublimes proezas, y adivinar los personajes celebrados en el Romancero, y cuyas sombras sintió pasar como una caricia por su frente, quiso conocer á fondo las dos civilizaciones, cuyo último choque había de describir, y no se aterró ante las arideces del estudio y el análisis.

Comenzando por el idioma de la raza proscripta, no descuidó tampoco su espíritu, sus costumbres y literatura, y así fundidos la reflexión y los destellos de la poesía, se dió á componer el poema *Granada*<sup>1</sup>, de que es preliminar explicatorio *La leyenda de Alhama*. El estilo oriental, con el que tantas analogías guarda el de Zorrilla en lo pomposo, fascinador y lujurioso, nunca se ha imitado con tal perfección en lengua castellana: aquel vagar inacabable de la fantasía, aquella lujosa prodigalidad en la palabra, aquel lenguaje que reúne la inmensidad y los ardores del desierto, representan una fase más en las facultades artísticas del trovador castellano, con todos los visos de una resurrección espontánea é inapreciable. Las frecuentes incorrecciones de sus obras anteriores están sustituidas por el desafectado esmero en el fondo y en la forma, sin que ésta deje de ser, por lo espléndida, irreprochable. Nadie, ni él mismo hasta entonces, había agotado así los tesoros de la rima; nadie había hecho gala de tal variedad gallarda y asombrosa en las combinaciones métricas, desde el fulminante alejandrino y la copla de arte mayor á la soberbia octava real, y desde ésta á los versos de tres, dos y una sílabas.

El poema *Granada* está incompleto; que si se desvolviera hasta la conclusión de un modo correspondiente al valor de la exigua parte que poseemos,

<sup>1</sup> *Granada, poema oriental, precedido de La leyenda de Alhama, por D. José Zorrilla.*—París, 1852.

vendría á ser acaso una de nuestras mejores epopeyas. La riquísima variedad de situaciones, escenas y personajes, el interés creciente de la narración y los episodios, los esplendores de forma en que aparecen como bañados, la compenetración del elemento histórico y de la fábula, prestan al conjunto un carácter épico que en vano negarán los idólatras de la frialdad pseudo-clásica y de los *cantos* al uso antiguo, con su pedestre regularidad y su inaguantable monotonía. Aixa y Zoraya, Boabdil y Muley, los héroes idealizados en el Romancero morisco por sus trágicas desventuras (sin contar otros que con ellos junta la libertad creadora del poeta; aquel temible Aly-Macer, sobre todo, profeta ó agorero de la gran catástrofe), van desfilando por la obra entre fantástica y no interrumpida lluvia de brillantes. Si se prescinde de tal cual amaneramiento no muy reparable, ¿cómo no sentir el placer estético que producen aquellas transiciones tan delicadas de la parte narrativa á la de mero adorno, y aquella serie de canciones, serenatas y endechas, que parecen notas arrancadas á la melancólica guzla de algún árabe expatriado?

Sin razón se tachará de exagerada la parte que en el poema se da al pueblo proscripto; ya porque con el contraste hace resaltar la gloria del vencedor, ya porque para éste reserva lo más acendrado de su inspiración la cristiana musa de Zorrilla, que no se olvida del cielo al describir la tierra con tan mágicos colores. Isabel ha de superar á la sultana, madre de Boabdil; los adalides de la Cruz á los de la Media Luna. Lástima que se interrumpa el curso de la obra apenas comenzado el lienzo donde tales bizarrías nos dejaban columbrar los primeros toques<sup>1</sup>. Lo maravilloso, esencial en toda

<sup>1</sup> Además de lo publicado, Zorrilla conserva entre sus papeles inéditos una parte del poema *Granada*, que jamás ha querido dar á luz por ciertas traiciones editoriales, cuyo recuerdo no acaba de perder.

epopeya, procede aquí directamente de la religión, sin apelar para nada á las divinidades mitológicas, que tanto deslucen á los mejores poemas clásicos, *Los Lusíadas* de Camoëns, por ejemplo. *Granada* es, en suma, lo más meditado y correcto, lo que mejor demuestra el valor absoluto de nuestro gran poeta nacional, lo que debe bastar á conciliarle las simpatías y la admiración de sus mismos detractores, aunque por no sé qué fatalidad sea también lo menos vulgarizado de cuanto ha producido en su larga carrera.

Parece el último canto del cisne. De entonces acá las aficiones legendarias de Zorrilla no han dado más fruto que dos ó tres voluminosas narraciones (*La rosa de Alejandria*, *La leyenda del Cid*, etc.), muy por debajo de las que componía en otros tiempos, y alguna más breve, como *El cantar del romero*, todas con idénticas circunstancias. Los desengaños, las vicisitudes de una existencia azarosa que ya toca á su fin, arrebataron á su fantasía la frescura y el vigor, que sería injusto pedirle, y hoy parece una sombra viviente que el sepulcro respeta.

Ya queda en parte juzgado el autor escénico en el legendario, porque apenas varía su carácter considerándole por los dos aspectos: tan original y tan brillante, tan incorrecto y espontáneo es en uno como en otro, sin más diferencias que las que cada cual imperiosamente reclama. Quien no considere así á Zorrilla nunca llegará á comprenderle del todo, ni á explicarse el *porqué* de su inmensa reputación como dramático, principalmente como autor del *Don Juan Tenorio*. El teatro de Zorrilla, lo mismo que sus leyendas, radica en las tradiciones y en el modo de ser, en las grandezas y en los flacos del pueblo español; entiende y habla su lenguaje como le hablaron y entendieron los colosales ingenios del siglo XVII, y es también eterna tortura de los eruditos ensimismados y de la crítica superficial, que ve monstruosidades donde hay bellezas que

no están á su alcance. Zorrilla necesitó para sus dramas la absoluta libertad de que usaron Lope de Vega, Tirso y Calderón, de los que en línea recta procede, aun cuando el motivo ocasional de los primeros vuelos de su numen fuera la imitación de los románticos franceses. Y no es que él haya tenido siempre deliberado propósito de seguir este camino; sino que, á pesar de su inconsciencia, realizó una obra cuyo mérito no comprende acaso en todas sus partes.

Hondo arraigo gozaba el romanticismo en el Teatro español cuando Zorrilla comenzó á escribir para él sus primeras obras, precedidas ya por *Don Alvaro*, *El trovador* y *Los amantes de Teruel*; trinidad artística que acompañaron otras muchas de menos significación. Zorrilla se dió á conocer como dramático por su colaboración en el *Juan Dandolo* de García Gutiérrez, espléndida pintura de las costumbres italianas en la Edad Media, y que determina desde luego las aficiones del novel ingenio, tan mimado por la fortuna en este espinoso camino como antes lo fué en el de la poesía lírica y legendaria.

Reproduciendo en sus dramas con distintas formas el espíritu y los personajes de las leyendas y los *Cantos del trovador*, pronto se hicieron tan populares como *La Princesa Doña Luz* y *Margarita la Tornera*; *El zapatero y el Rey*, *El puñal del godo*, *Traidor, inconfeso y mártir*, y ese rey de la escena, en fin, tan maltratado por su autor, ese *Don Juan Tenorio*, cuya vida se aumenta con los años y las contrariedades.

Nuevo argumento de que Zorrilla, por voluntad ó por instinto, es el continuador de la tradición poética genuinamente española: ¿cómo no reconocer este origen en el D. Pedro de Castilla, retratado de mano maestra en *El zapatero y el Rey*? ¿Quién no sabe que, á despecho de Ayala y de su crónica, quizá también á despecho de la verdad, es símbolo de la justicia en el trono para nuestros dramáticos del siglo XVII, el